

The background of the cover is a photograph of a rocky coastline. In the foreground, there are large, dark, rounded boulders scattered across the shore. The ocean is a vibrant blue, extending to the horizon. In the distance, there are hazy, brownish mountains under a clear sky. The text is overlaid on the top half of the image.

GREG
EGAN
oceánico

premios hugo y locus

Es probablemente en el relato corto donde Greg Egan encuentra su mejor expresión al poder introducir en ellos multitud de ideas sin verse lastrado por la necesidad de imprimir acción a la trama, necesidad que lastra muchos de sus relatos más largos. Hay aquí tres novelas cortas: Oceánico, Oráculo y Singleton, donde expone sin tapujos argumentos como la evolución futura del sexo, los múltiples universos o la inteligencia artificial como alternativa a la crianza de hijos biológicos. Un muy buen libro que podría servir como introducción a la obra del quizás más interesante de los autores de CF en activo.

Reseña de premios

«Oceánico» («Oceanic», 1998)

- Premio Hugo.
- Premio Locus.
- Premio Asimov's Science Fiction.

«Oráculo» («Oracle», 2000)

- Premio Asimov's Science Fiction.
- Finalista del premio Hugo.
- Finalista del premio Locus.

«Singleton» («Singleton», 2002)

- Finalista del premio Locus.
- Finalista del premio Sturgeon.
- Finalista del premio British SF.

Acerca del autor

Greg Egan: Una literatura con ideas.

Si además de entretenida y de lectura compulsiva, la ciencia ficción también es literatura de ideas, si son tan importantes los planteos conceptuales o la especulación como los atributos literarios, hay un escritor que en la última década y media se ha situado varios cuerpos por delante de sus colegas. Es el australiano Greg [gory Mark] Egan, un matemático y programador nacido en Perth en 1961 que comenzó a publicar de manera vacilante en la primera mitad de los 80 y a brillar una década más tarde.

Es asombroso el dominio que manifiesta Egan de las disciplinas más variadas: en sus relatos somos bombardeados por ideas a cada página, de áreas del conocimiento tan disímiles como las matemáticas, la sociología, la computación, la física o la biología. Valen como ejemplo los primeros párrafos de «Yeyuka»: el protagonista descansa en una playa mientras cavila sobre un dispositivo que tiene en un dedo como un anillo, conectado mediante capilares con su corriente sanguínea. Este dispositivo *filtra* la sangre, detectando virus, células cancerígenas y otros posibles problemas de salud. Gracias a éste la expectativa de vida se ha extendido quince años. Pero el relato no se centra en esta pequeña maravilla sino en sus efectos: la brecha entre ricos y pobres se hizo más amplia, las compañías dedicadas a la tecnología médica tienen poder sobre la vida de cientos de millones de personas de los países pobres y *lo ejercen*. En otra de sus historias, «Aprendiendo a ser yo», la trama gira

en torno a los dilemas que genera otro dispositivo: en este caso se trata de la *joya*, un chip que es instalado junto al cerebro de todos los hombres al nacer y almacena sus vivencias, emociones y pensamientos, como un auténtico *back up* neuronal. El conflicto del relato se desata cuando el protagonista se enfrenta con una decisión: al comenzar la degradación natural del cerebro la costumbre es reemplazarlo por el dispositivo. En un planteo digno de un Philip K. Dick hiperracional, el protagonista se pregunta si seguirá siendo él mismo o se convertirá en una mera representación artificial.

La primera novela que publicó fue *An Inusual Angle* (1983), sobre un genial director de cine que no filma. Pasó una década y un puñado de historias cortas hasta su segundo libro, *Quarantine*. Este relato puede leerse como el siguiente paso evolutivo de la ciencia ficción tras el *ciberpunk*, y retiene muchos de los elementos que caracterizaron el movimiento que en los 80 brilló de la mano de William Gibson y Bruce Sterling: operaciones secretas de grandes corporaciones, cerebros modificados para permitir el contacto directo con las redes informáticas (incluyendo la instalación de *software* neuronal) y detectives que se meten donde nadie los llama. No obstante, las circunstancias en las que se desarrolla esta historia son muy distintas: el sistema solar está encerrado en una burbuja creada por extraterrestres, impenetrable hasta para la luz de las estrellas. El hombre ha comenzado a experimentar con el principio de causalidad y puede afectar a todo el universo.

La siguiente novela de Egan, *Permutation City*, es más convencional, menos audaz en sus indagaciones, aunque no por ello menos provocativa. En este caso se centra en la realidad virtual y en la posibilidad de replicar personalidades completas en un entorno digital. No desaprovecha la oportunidad para explorar la naturaleza de la identidad a partir de la posibilidad de *copiar* una persona. Como en «Aprendiendo a ser yo» pero desde un punto de vista dis-

tinto, las preguntas son ¿qué nos hace humanos?, ¿la conciencia puede ser replicada por medios artificiales?

Estos temas son transitoriamente dejados de lado en *Distress*, la novela más política de Egan. Consagrado ya como un escritor de ideas, sin embargo estaba en deuda con relación a la solidez de tramas y perfección de personajes. Es la historia de un periodista científico que parte hacia una isla-nación artificial donde se estableció una comunidad sin estructuras jerárquicas, anárquica, inspirada en el pensamiento político de Edward Said, para cubrir un tranquilo congreso de física elemental. El programa político es una de las dos ideas centrales que sostienen la novela, la otra es la resolución de la Teoría del Todo (que busca articular los distintos sistemas teóricos de la física), que finalmente deriva hacia la metafísica. Contra lo que se podría creer por esta descripción, la novela es muy entretenida, por momentos la acción es vertiginosa y continuamente encontramos apuntes que dan solidez al futuro descrito, como los ásex, humanos que se hacen operar para extirparse todo reconocimiento de sexualidad de su anatomía, no sólo los genitales. Tan fuerte parece ser la necesidad de Egan de expresar sus proyecciones que por momentos abruma, tornándose incluso moralista. El continuo devenir de ideas —que podría alimentar a una decena de escritores— funciona muy bien como marco y sólo en ocasiones opaca la trama.

En *Diáspora* regresa al tema de la inteligencia artificial y la naturaleza de la conciencia. Ambientada en torno al año 3000, la humanidad está dividida en tres especies: los que viven en cuerpos genéticamente modificados, los que lo hacen en robots y los que habitan en un entorno digital, en una realidad virtual, aunque no perdieron el contacto con el exterior. La novela se plantea un desafío poco frecuente: retratar la cotidianeidad de la última de estas tres ramas, cuyo hábitat permite nuevos enfoques de la física. Recuerda a sus primeras dos novelas de ciencia ficción: aunque el marco es inusual, es una historia de detectives, como en *Cua-*

rentena, y, por supuesto, Egan no se priva de sus indagaciones metafísicas en línea con *Ciudad Permutación*.

Teranesia transcurre en el futuro cercano, principalmente en algunas islas apartadas de la convulsionada Indonesia y en Canadá. A diferencia de sus libros anteriores, aquí la disciplina elegida es la biología, más precisamente la biología evolutiva. La primera mitad de la novela parece escrita para demostrar que su autor puede hacer un convincente retrato de personajes —crítica frecuente a sus anteriores libros—; el protagonista está encarnado por un adolescente angustiado por la muerte violenta de sus padres y en busca de su identidad. Apela también al humor, no muy usual en su obra, en la divertida satirización del mundo académico y sus excesos interpretativos. La novela da un giro cuando se acelera el proceso de anomalías evolutivas y presenciamos el nacimiento de una nueva instancia biológica.

Egan se vuelve más audaz en su última novela, *Schild's Ladder*, ambientada en el futuro lejano, en torno a las consecuencias de un experimento científico que produce una burbuja de un vacío anómalo que va devorando el espacio y por la cual la humanidad debe alejarse del sistema solar. Enfrentados a esta burbuja que devora el universo lentamente, los hombres se dividen en dos facciones: los que quieren detenerla para preservar a la galaxia y los que creen que es demasiado importante para ser destruida. La novela, con humanos muy distintos a los que conocemos, está plagada de conceptos provocativos.

En los años más recientes, Egan parece haber encontrado el formato que mejor se adapta a sus necesidades: la novela corta. Sus tres intentos en este formato componen el presente volumen. «Oceánico» es probablemente su obra más lograda: una notable narración sobre la evolución de un adolescente a partir de un *contacto* con un ser supremo. Ambientada veinte mil años en el futuro en el planeta Promisión, los humanos están divididos en librelandeses —viven en el mar— y firmelandeses —habitan en tierra firme

— y fueron modificados genéticamente para tener, entre otras cosas, una sexualidad muy singular.

«Oráculo» es una obra atípica en la producción del escritor australiano, aunque trata temas tradicionales de la ciencia ficción como el viaje en el tiempo y los mundos paralelos. En esta realidad alternativa a la nuestra, los protagonistas son Robert Stoney y John Hamilton, nombres bajo los cuales apenas se disimulan Alan Turing (1912-1954), padre de la teoría sobre la inteligencia artificial y pionero en la lucha de los derechos de los homosexuales, y C. S. Lewis (1898-1963), escritor católico, autor de las famosas «Crónicas de Narnia», enfrentados en la polémica sobre la inteligencia artificial. Además de sus méritos narrativos, «Oráculo» contiene numerosas y deliciosas referencias: Tolkien es mencionado por un sobrenombre, el *más arriba y más adentro* que cierra una de las partes es la ubicación de Narnia. Merece mencionarse que la espeluznante historia que narran los protagonistas con relación a un Stoney/Turing en un universo paralelo se corresponde a nuestro pasado histórico.

Por último, «Singleton» se interna en el campo de la física y la computación cuánticas a la vez que en cómo criar un niño distinto en un mundo hostil. Otra vez aparece el tema de la inteligencia artificial, pero desde una perspectiva muy distinta a la presentada en «Oráculo». En cuanto al título, hemos preferido mantener el original pues, como señaló con buen tino la traductora, Claudia de Bella, *singleton* significa a la vez hijo único, conjunto unívoco (en matemáticas) y patrón de diseño que restringe una clase de instancia a un solo objeto (en computación), todos aplicables en este caso.

En estos escasos párrafos no es posible hacer justicia a la complejidad de temas, planteos y situaciones que encontramos en la obra de Greg Egan. Es posible que con el tiempo se reconozca su labor precursora, pero ahora sólo interesa que cumple con las tres condiciones de excelencia

de la mejor ciencia ficción: es buena literatura, tiene ideas provocativas y su lectura es entretenida.

LUIS PESTARINI
Director de la revista argentina «Cuásar».

Oceánico

1

El oleaje hacia subir y bajar suavemente la embarcación. Mi respiración se volvió más lenta, tomando el ritmo del crujido del casco, hasta que ya no pude notar la diferencia entre el débil movimiento rítmico de la cabina y la sensación de llenar y vaciar mis pulmones. Era como flotar en la oscuridad: cada inhalación me sacaba a la superficie, ligeramente; cada exhalación me hacía sumergir otra vez.

En la litera que tenía encima, mi hermano Daniel dijo claramente:

—¿Crees en la Diosa?

De mi cabeza desapareció en un instante cualquier rastro de sueño pero no respondí de inmediato. No había cerrado los ojos, pero la oscuridad de la cabina sin iluminación parecía cambiar delante de mí, partículas de luz fantasma moviéndose como una nube de insectos inquietos.

—¿Martín?

—Estoy despierto.

—¿Crees en la Diosa?

—Por supuesto. —Todas las personas que conocía creían en la Diosa. Todas hablaban sobre Ella, todos Le rezaban. Daniel más que nadie. Desde que se había unido a la Iglesia Profunda el último verano, rezaba cada mañana un kilotau antes del amanecer. A menudo despertaba para encontrarme con él de rodillas junto a la pared más lejana de la cabina, murmurando y golpeándose el pecho, antes de hundirme agradablemente en el sueño otra vez.

Nuestra familia siempre había sido Transicional, pero Daniel tenía quince años, edad suficiente para elegir por sí

mismo. Mi madre lo aceptó con un silencio diplomático, pero mi padre pareció positivamente orgulloso de la independencia y la fuerza de convicción de Daniel. Mis sentimientos estaban mezclados. Me había acostumbrado a seguir la estela de mi hermano mayor, pero eso no me fastidiaba porque también me daba la oportunidad de ver qué tenía por delante: me leía pasajes de los libros que él mismo estaba leyendo, me enseñaba palabras y frases de los idiomas que estudiaba, me delineaba algo de las matemáticas con las que me topaba por primera vez. Solíamos quedarnos despiertos la mitad de la noche hablando sobre los núcleos de las estrellas o la jerarquía de los números transfinitos. Pero Daniel no me dijo nada sobre los motivos de su conversión y de su siempre creciente piedad. No sabía si sentirme herido por esta exclusión o simplemente agradecido; podía darme cuenta que ser transicional era una pálida imitación de pertenecer a la Iglesia Profunda, pero no estaba seguro de que esto fuera tan malo si a cambio de esta mediocridad podía dormir hasta después del amanecer.

—¿Por qué? —dijo Daniel.

Clavé la mirada en la parte inferior de la litera, inseguro de si realmente la estaba viendo o sólo me imaginaba su solidez en la oscuridad de la cabina.

—Alguien tiene que haber guiado a los Ángeles desde la Tierra hasta aquí. Si además la Tierra está demasiado lejos para verla desde Promisión... ¿cómo alguien pudo encontrar Promisión desde la Tierra sin la ayuda de la Diosa?

Escuché que Daniel se movía ligeramente.

—Tal vez los Ángeles tenían mejores telescopios que nosotros. O tal vez se propagaron desde la Tierra en todas las direcciones, lanzando miles de expediciones sin saber siquiera qué encontrarían.

Reí.

—¡Pero tenían que llegar *aquí* para convertirse en carne otra vez! —Eso lo sabía hasta un niño de diez años muy po-

co devoto. La Diosa preparó Promisión como el lugar para que los Ángeles se arrepintieran de haber robado la inmortalidad. Los transicionales creían que en un millón de años podríamos ganarnos el derecho a ser Ángeles otra vez; la Iglesia Profunda creía que permaneceríamos en la carne hasta que las estrellas cayeran del cielo.

—¿Quién te asegura —dijo Daniel— que existieron los Ángeles? ¿O que la Diosa de verdad envió a Su hija, Beatriz, para conducirlos en su regreso a la carne?

Cavilé sobre esto durante un momento. Las únicas respuestas en las que podía pensar provenían directamente de las Escrituras, y Daniel me había enseñado años atrás que apelar a su autoridad no contaba. Finalmente, tuve que confesarlo:

—No lo sé. —Me sentí estúpido pero también agradecido de que tuviera la voluntad de discutir estas difíciles preguntas conmigo. Deseaba creer en la Diosa por las razones correctas, no solamente porque a mi alrededor todos lo hacían.

—Los arqueólogos —dijo— demostraron que debemos haber llegado hace aproximadamente veinte mil años. No hay evidencia de humanos ni de plantas o animales coecológicos anteriores. Eso hace que la Travesía sea más antigua que lo que dicen las Escrituras, pero hay algunas fechas que están abiertas a la interpretación, y con un poco de licencia poética todo puede encajar. Y la mayoría de los biólogos creen que la microfauna nativa se podría haber formado sola a lo largo de millones de años, a partir de simples elementos químicos, pero eso no significa que la Diosa no estuviera guiando el proceso. En realidad, todo es compatible. Tanto la ciencia como las Escrituras pueden ser verdad.

Pensé que sabía hacia dónde se estaba dirigiendo.

—Entonces, ¿descubriste una forma de emplear la ciencia para probar la existencia de la Diosa? —Sentí una sensación de orgullo: ¡mi hermano era un genio!

—No. —Daniel se quedó en silencio durante un momento—. La cuestión es que funciona de ambas maneras. La gente siempre puede presentar distintas explicaciones para cualquier cosa que esté en las Escrituras. Las naves podrían haber dejado la Tierra por otra razón. Los Ángeles podrían haber encarnado por otra razón. No hay forma de convencer a un incrédulo de que las Escrituras son la palabra de la Diosa. Todo es una cuestión de fe.

—Ah.

—La fe es lo más importante —insistió Daniel—. Si no tienes fe puedes verte tentado de creer cualquier cosa.

Hice una señal de asentimiento tratando de no sonar muy decepcionado. Había esperado algo más de Daniel que las afirmaciones anodinas con las que me aburría durante los sermones en la Iglesia Transicional.

—¿Sabes lo que tienes que hacer para tener fe?

—No.

—Pídela. Eso es todo. Pide a Beatriz que entre en tu corazón y te conceda el don de la fe.

—¡Es lo que hacemos cada vez que vamos a la iglesia! —protesté. No podía creer que ya se hubiera olvidado de la ceremonia transicional. Cada vez que el sacerdote ponía una gota de agua de mar en nuestras lenguas, simbolizando la sangre de Beatriz, pedíamos los dones de la fe, la esperanza y el amor.

—¿Pero la recibiste?

Nunca pensé en eso.

—No estoy seguro. —Creo en la Diosa, ¿no?—. Debería.

Daniel se solazó.

—Si tienes el don de la fe, *lo sabes*.

Clavé la mirada en la oscuridad, incómodo.

—¿Uno tiene que ir a la Iglesia Profunda para pedir apropiadamente?

—No. Incluso en la Iglesia Profunda no todos han invitado a Beatriz a sus corazones. Tienes que hacerlo de la ma-

nera en que figura en las Escrituras: «como un nonato otra vez, desnudo y desvalido».

—Fui Sumergido, ¿no?

—En un cuenco de metal, cuando tenías treinta días. La Inmersión Infantil es un gesto de los padres, una afirmación de sus buenas intenciones. Pero no es suficiente para salvar al niño.

Ahora me sentía muy desorientado. Al final mi padre aprobó la conversión de Daniel... pero ahora Daniel estaba tratando de decirme que las relaciones de nuestra familia con la Diosa habían sido extremadamente deficientes, sino por completo falsas.

—¿Recuerdas —dijo Daniel— lo que Beatriz dijo a Sus seguidores la última vez que Ella apareció? «A menos que ustedes tengan la voluntad de ahogarse en Mi sangre, nunca verán el rostro de Mi Madre». Entonces se ataron las manos y los pies y se sumergieron con piedras.

Sentí una opresión en el pecho.

—¿Y tú lo hiciste?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace casi un año.

Estaba más confundido que nunca.

—¿Fueron mamá y papá?

—¡No! —rió Daniel—. No es una ceremonia pública. Me ayudaron algunos amigos del Grupo de Oración; alguien tiene que estar en la cubierta para jalarte hacia arriba, porque sería muy arrogante esperar que Beatriz rompa tus ataduras y te lleve a la superficie como hizo con Sus seguidores. Pero en el agua estás a solas con la Diosa.

Bajó de su litera y se acuclilló junto a la mía.

—¿Estás listo para ofrecer tu vida a Beatriz, Martín? —su voz lanzó chispas grises a través de la oscuridad.

—¿Y qué pasa —vacilé— si sólo me zambullo? ¿Y si me quedo abajo durante un rato? —Había nadado alejándome